

Adiós, querido Maestro

Por Víctor “Repo” Navia, compañero de universidad y amigo



Cómo amigo de la vida, compañero de aulas y en representación de nuestro grupo “Los Reformados del 69”, conformado por egresados de nuestra promoción y de un par de otras cercanas de nuestra Escuela de Agronomía, tengo el privilegio de narrar y recordar algo de nuestro tiempo de estudiantes junto al nuestro querido compañero Alejandro Duimovic.

Cinco años compartiendo nuestra formación y estudios, cinco años viajando en tren desde Villa Alemana hacia Valparaíso y Quillota, algunas jornadas de esparcimiento como las semanas universitarias, paseos, asados, días de San Isidro, prácticas profesionales, reuniones en nuestros hogares y otras actividades, me hicieron conocerte bien y apreciarte mejor.

Quizás lo primero sería aclarar el origen de tu apodo de “Maestro”, el que evolucionó en el tiempo. Digno de la costumbre, buena o mala, de colocar sobrenombres, no

nos costó mucho apodarte como tal ya en las primeras semanas de Universidad por tu parecido a Jesucristo: barbón, larguirucho, bonachón, pelo largo, chalalas y ropa suelta. Una vez ya de académico y al poco tiempo como profesor, tus alumnos te catalogaron de “Maestro”, dada la excelencia de tus clases tanto teóricas como prácticas, lo que se refleja en los numerosos testimonios expresados por todos ellos en más de algún homenaje que recibiste en vida, como a la hora de tu partida. Un Maestro para todos.

No pudiste haber estudiado algo mejor. Junto al disfrute de las cátedras y laboratorios de Agronomía, sumabas el manejo alegre de tus chacras en la casa de tus padres y la fascinación por la apicultura. Esto se complementó con tu aprecio por la naturaleza y con tu forma de vida.

Seguiste buenos consejos de nuestros formadores. Recuerdo cuando nuestro profesor de Fitotecnia nos aconsejó especializarnos “aunque fuera en el cultivo de la lenteja” (textual), y derivado de ello te enamoraste del tomate y de su cultivo. Todas las prácticas, seminarios y cuánta actividad se derivara de cualquier cátedra, terminabas por realizarla en este cultivo, que además te apetecía degustar incluso desde las mismas plantas. Te preparaste para ser el mejor referente en cultivo de tomate sin lugar a dudas y formaste una escuela en el manejo de esta especie de la que fueron parte varias generaciones de asesores hortícolas que han intentado seguir tus pasos.

En los aciagos tiempos de la dictadura recuerdo nuestro nerviosismo al intentar matricularnos para el segundo semestre del año 1973 y la conmoción que causó para todos y en especial para ti, haber sido rechazado al ser sindicado como agente estudiantil de extrema izquierda. Gracias a Dios y a las gestiones de varias personas se hizo ver a las autoridades pertinentes que había un manifiesto error en ello y pudiste seguir cursando tus estudios, llegando a destacarte entre los dos mejores egresados de nuestra promoción, distinción que compartimos, querido amigo.

Anécdotas e historias darían para escribir varias páginas y no es el caso hacerlo ahora. Privilegiados quienes fuimos tus compañeros de estudios, protagonistas de varias de ellas con el Maestro Duimovic, muchas de las cuales se narran repetidamente una y otra vez en nuestros encuentros de “Los Reformados del 69”, donde nos volvemos a reír como en la primera versión de las mismas y que, para mayor sabor, se va distorsionando favorablemente en el tiempo.

Buen amigo, excelente estudiante, buen hijo, padre y hermano, de perfil humilde pero no ausente, alegre y contagiante de optimismo, sincero y transparente al grado de molestar a algunos incomprensiblemente, de constante actualización profesional y luchador, particularmente luchador.

Es admirable ver cómo pudiste ganar tantas batallas contra tu inmerecida débil salud. Muy joven te recuerdo visitándote en alguna UTI junto a otro compañero, luchando contra alguna de tus enfermedades, inmovilizado por tantas mangueras y sensores y donde tu única reacción se expresaba a través de lágrimas que se agolpaban en las cuencas de tus ojos. Agradecías aún inmovilizado, la compañía de los tuyos, que nunca te dejaron solo. Es otra de tus facetas, sin ser expresivo, eras muy agradecido.

Luchaste toda tu vida contra enfermedades graves, y pudiste salir adelante una y otra vez, con una disposición a no dejarte vencer y a apelar a todas tus fuerzas y espíritu para aferrarte a la vida. Hasta que llegó el momento de tu último padecer. No fuiste vencido querido Alejandro, no perdiste esta batalla. Fue el Señor quién te llamó para sacarte de este sufrimiento y darte el justo premio que mereces: disfrutar de sus vergeles eternos y celestiales, quizás donde siempre quisiste estar.

Tú amigo de siempre en representación de tus amigos y compañeros de siempre.

Víctor "Repo" Navia